

## El marco cultural del capitalismo

PEDRO FERNAUD

Desde Max Weber se considera que el capitalismo prosperó en el marco cultural-religioso más apropiado por su filosofía de la vida: el del protestantismo calvinista. Este planteamiento ha envejecido y está ya obsoleto.

Ya Daniel Bell, en su libro «Las contradicciones culturales del capitalismo» señala la incongruencia entre las necesidades internas del capitalismo como sistema económico, que necesita para prosperar una expansión de la racionalidad estratégica e instrumental de los individuos, y el tipo de cultura que genera, con apelacio-

nes intensas y profundas a la irracionalidad y a los valores hedonistas.

Para Bell, el sistema capitalista necesita la expansión continua del principio de racionalidad para resolver los problemas de organización y eficacia que el funcionamiento de la economía exige. Pero, simultáneamente, la cultura del capitalismo acentúa cada vez más valores de signo opuesto, tales como el sentimiento, la gratificación personal y el hedonismo, como respuestas reactivas a la vieja ética puritana de orden y trabajo que acompañó al ascenso de la burguesía. El choque entre ambas tendencias

orgánicas pone en grave riesgo la coherencia y la estabilidad de la civilización occidental.

Lo que acontece es cierto hasta el punto de que muchos estiman que la cultura zen y el sintoísmo del Japón son el marco religioso y cultural mejor dispuesto para adaptarse a las nuevas formas del capitalismo tecnológico. Algunos —como el filósofo barcelonés Eugenio Trías— alargan el encuadre a la síntesis de confucianismo y taoísmo. Pero éste es un asunto arduo y crucial sobre el que volveremos. Hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

## Quesada



## Entre paréntesis

### La princesa

LUIS MEANA

«The love of the princess». O sea, lo de siempre. Esta diosa, Diana de Gales, sitio que ya se ve que no puede ser bueno para ninguna diosa, que las diosas están hechas para el Egeo, esta chica-gacela, casi toda patas como un decápodo, ha vuelto a convertirse en portada/contraportada por gracia y desgracia de sus amores. Parece como si a sus padres se les hubiera olvidado ponerle a tiempo la vacuna contra el sarampión del amor, porque es que sopla cualquier vientecillo y se le cae el «top-less», es que se le cruza cualquier caballerizo y ya tenemos portada, es que se le acerca cualquier guardaespaldas y ya tenemos cintas magnetofónicas, cámaras ocultas en gimnasios, en fin, líos, amoríos y la que se arma. Esta princesa de Gales, lady Di,

desmadre. Por esas extremidades, me temo, es por donde va a hundírseles la «firm», o sea, el negocio. El verdadero problema de estas cabezas semicoronadas es su paro: que nadie les da una actividad llevadera a todas estas princesas, así que la única tarea que tienen es enamorarse y desamorarse de lo primero que venga, sea rey o villano. Con lo que a todas estas princesas les pasa lo que a esas aves y vertebrados exhaustos de los «westerns» americanos: que viven siempre en la encrucijada de ser devorados por los buitres y aves carroñeras, buscavidas, buscafotos y cazafortunas que tienen siempre revoloteando por encima/por debajo de sus faldas y cabezas. En resumen, que esta dulce princesa Diana, con pinta de triste y de anoréxica, diosa-gacela de Gales y gran esperanza del puritanismo británico, se había imaginado el olimpo mucho más fácil de lo que era; su pueblo se había imaginado que ella sería mucho más adusta y comedita, y la casa real había imaginado que estos príncipes de cuento les traerían una jubilación tranquila y toda suerte de beneplácitos. Los únicos que mantuvieron, en todo ese romance, la cabeza fría fueron los tiburones del amarillismo británico, que enseguida se dieron cuenta de que esta Diana de Gales era una pobre víctima destinada a ser la nueva gallina de los huevos de oro de la industria de impresión británica. Dios salve a la reina.

*El verdadero problema de estas cabezas semicoronadas es su paro*

es que no sale de jaleos con los gimnasios, las gimnasias y con esas piernas tan poco dóciles que tiene, mientras que la otra, la Fergie, tenía más bien líos con las tetas. Está, en todo caso, claro que el problema de las monarquías son las extremidades: no saben muy bien qué hacer con ellas. Un marciano que viera todo este espectáculo podría llegar a la conclusión de que las monarquías nunca tuvieron hasta ahora extremidades, que les han salido, de repente, patas, senos, muslos y traseros y que, por eso, no saben muy bien qué hay que hacer con ellas y cómo hacerlo para que no haya

puritanismo británico, se había imaginado el olimpo mucho más fácil de lo que era; su pueblo se había imaginado que ella sería mucho más adusta y comedita, y la casa real había imaginado que estos príncipes de cuento les traerían una jubilación tranquila y toda suerte de beneplácitos. Los únicos que mantuvieron, en todo ese romance, la cabeza fría fueron los tiburones del amarillismo británico, que enseguida se dieron cuenta de que esta Diana de Gales era una pobre víctima destinada a ser la nueva gallina de los huevos de oro de la industria de impresión británica. Dios salve a la reina.

## Lo perverso

LUIS ARIAS ARGÜELLES-MERES

Que haya investigaciones parlamentarias para averiguar actuaciones supuestamente ilícitas de personajes vinculados a instituciones públicas es, sobre el papel, claro síntoma de buena salud democrática, si no fuera porque desde el primer momento tales iniciativas pueden estar viciadas.

La mayoría de partidos —por no decir todos— han incurrido, para su financiación, en prácticas deshonestas. Es cínico que organizaciones corruptas investiguen a un presunto estafador no sólo por razones de índole ético-moral, sino también por motivos de eficacia. Puede suceder que el investigado amenace, como hizo el nefasto Roldán, con desvelar

asuntillos que sonrojarían a muchos de los que forman parte de tales pesquisas. Así, jamás se podrá evitar la sospecha de que semejantes comisiones están condenadas a no llegar al fondo de ningún asunto.

Y —entiéndase bien— no se trata de oponerse a la existencia de investigaciones parlamentarias, que constituyen una exigencia irrenunciable para cualquier espíritu democrático. Tampoco sería el caso arremeter contra los partidos, porque, hoy por hoy, no se ha inventado nada mejor para encauzar la vida pública. Lo que aquí se ventila es la preservación y la limpieza del sistema democrático.

Los partidos se financian en parte con dinero público. Si ade-

más reciben cierto tipo de «donaciones», provenientes de empresas privadas, éstas, además de contribuir a un fraude, tienen que encarecer sus productos, lo que también repercute en los bolsillos de todos en calidad de consumidores.

Pongamos un ejemplo chusco: cuando entre un concejal de Urbanismo y un constructor de cualquier localidad se produce un pacto de recalificación de terrenos para que el partido y la empresa se repartan pingües beneficios, un montón de ciudadanos se ven obligados a hipotecarse más para pagar su vivienda.

No se pueden seguir consintiendo estos hurtos, porque uno no quiere estar gobernado por

políticos y no por chantajistas, quedando bien claro que son igualmente saqueadores el partido que practica tales extorsiones como el empresario que accede a ello para salear más a los ciudadanos y pagar menos a sus trabajadores.

Mientras no se eliminen estas trampas, las comisiones parlamentarias y otros actos de fe democrática corren el peligro de convertirse en papel mojado. Porque, de entre todas las perversidades del actual sistema, una de las más graves es la de las fuentes de ingreso de los partidos, que han sido fundados para gobernar, no para coaccionar.

Decía Ortega que él no pedía, como Platón, ser gobernado por sabios, que se conformaba con

no ser gobernado por analfabetos. A esto habría que añadirle que tampoco queremos ser administrados por virtuosos de la extorsión.

Para seguir con Ortega, la democracia no puede ser ni morbosa ni perversa. Tiene que ser democracia, sin ornamentos y sin manchas. La memoria histórica nos enseña que si algo le sobra a la democracia son los objetivos.

Por eso, hay que extirpar de la vida pública a quienes la ensucian, porque lo que nos esquilmán es algo más que nuestro dinero. También nos van en ello nuestra libertad y nuestra dignidad. Demasiado serías esas cosas para consentir que un raterillo cualquiera les ponga sus sucias manos encima.

